

Xosé M. Núñez Seixas
y Oleg Beyda (eds.)

Un ruso blanco en la División Azul

Memorias de Vladímir Kovalevski (1941)



Xosé M. Núñez Seixas
y Oleg Beyda (eds.)

Un ruso blanco en la División Azul

Memorias de Vladímir Kovalevski (1941)

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2019

© Xosé M. Núñez Seixas y Oleg Beyda, 2019
© de la traducción del ruso de las memorias
de Vladímir Kovalevski: Jorge Ferrer Díaz, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 6388-2019
ISBN: 978-84-17747-28-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Introducción. El exilio ruso blanco,
la guerra de España y la División Azul
(1920-1945)

Xosé M. Núñez Seixas
Universidade de Santiago de Compostela
Oleg Beyda
Universidad de Nueva Gales del Sur, Camberra

EL EXILIO RUSO DE 1920-1921
Y LA DIÁSPORA MILITAR DEL EJÉRCITO BLANCO

La conversión del Imperio zarista en el nuevo Estado soviético estuvo marcada por una violenta sucesión de guerra mundial (1914-1918), revolución (1917) y guerra civil (1917-1922), que se cobró millones de vidas humanas.¹ Los perdedores del conflicto interno contra los comunistas o bolcheviques, los llamados *rusos blancos*, una etiqueta bajo la que se refugiaba una gran variedad de facciones políticas, grupos étnicos y sociales, protagoni-

1. Sobre la guerra civil rusa, vid. visiones sintéticas recientes en J. D. Smele, *The «Russian» Civil Wars 1916-1926. Ten Years that Shook the World*, Oxford/Nueva York: Oxford UP, 2015; M. D. Steinberg, *The Russian Revolution, 1905-1921*, Oxford: Oxford UP, 2017, pp. 99-121; M. Aust, *Die russische Revolution: Vom Zarenreich zum Sowjetimperium*, Múnich: Beck, 2017, pp. 156-201, y A. Jevakhoff, *La guerre civile russe: 1917-1922*, París: Perrin, 2017.

zaron a continuación un exilio de gigantescas proporciones. Según varias estimaciones, tras la revolución de octubre de 1917 abandonaron las fronteras del antiguo Imperio ruso unos dos millones de personas, bien a través de Finlandia y Noruega, bien desde los países bálticos hacia Europa central. Otra ruta de salida fue el mar Negro. Un momento crucial del éxodo fue la derrota del Ejército Blanco dirigido por el general Piotr N. Wrangel, que abandonó la península de Crimea en noviembre de 1920. Una flota de varias decenas de barcos, que transportaba a 150.000 personas, incluyendo hombres, mujeres y niños, zarpó con rumbo a lo desconocido.¹

Tras la evacuación del Ejército Blanco, parte de la flota se quedó en los Dardanelos, mientras que otros navíos y unos 5.600 hombres se acogieron a la protección francesa en el puerto tunecino de Bizerta. Los cosacos, unidad de élite que sumaba casi 50.000 hombres, fueron confinados en la isla griega de Lemnos por las autoridades francesas hasta octubre de 1921, mientras que el Primer Cuerpo de Ejército, alrededor de 26.000 hombres, se dirigió a la península de Galípoli, donde también fueron internados en un campo improvisado. Los civiles fueron instalados en parecidas condiciones cerca de Estambul.²

1. A. Kröner, *The White Knight of the Black Sea. The Life of General Peter Wrangel*, La Haya: Leuxenhoff, 2010; N. A. Kuznetsov, *Russkii flot na chuzhbine*, Moscú: Veche, 2009, p. 104. Vid. igualmente A. Pinti, «Revolución rusa y primera oleada migratoria (1917-1923)», *Studium. Revista de Humanidades*, 23 (2016), pp. 195-226.

2. B. Bruno, «Lemnos, l'île aux Cosaques», *Cahiers du Monde Russe*, 1 (2009), pp. 187-230; K. M. Ostapenko (V. E. Koisin y A. A. Konovalov, eds.), *Lemnosskii dnevnik ofitsera Terskogo kazach'ego voiska 1920-1921 gg.*, Moscú: Sodruzhestvo "Posev", 2015; G. F. Voloshin, V. K. Mironovich, V. V. Polianskii, P. S. Savchenko, V. V. Sakhaney y S. M. Shevliakov (eds.), *Russkie v Gallipoli. Sbornik statei, posviashchennyi prebyvaniu 1-go*

A pesar de las penalidades, los *guardias blancos* convirtieron su internamiento y derrota en un símbolo: una profecía autocumplida de que la lucha continuaría. Surgió así el «espíritu de Galípoli», una mesiánica conciencia de ser combatientes irreductibles.¹ Muchos de ellos abandonaron el campo ya a fines de 1920.²

Los integrantes del Ejército Blanco, al igual que miles de civiles rusos, se dispersaron de forma progresiva. Primero, buena parte de sus miembros se refugiaron en Bulgaria y Yugoslavia; desde allí continuaron su emigración hacia el oeste, tanto a Checoslovaquia como a Europa occidental y el resto del mundo. El núcleo principal del exilio blanco fue Francia, donde hacia 1930 residían entre 100.000 y 200.000 expatriados rusos, en buena parte concentrados en París. Lo que quedó del Ejército Blanco constituyó la base de una organización peculiar, destinada a preservar sus cuadros de mando, aunque buena parte de sus miembros retornaron a la vida civil: la Unión de Servicios Armados Rusos (*Russkii Obschshe-Voinskii Soiuz*, ROVS), fundada en Yugoslavia por el propio general Wrangel en septiembre de 1924, que integraba grupos preexistentes, como la Sociedad Galípoli creada tres años antes. Su objetivo no sólo consistía en mantener la cohesión del bando blanco: pretendía velar armas para que los exiliados pudiesen, en algún momento, enrolarse

Armeiskogo korpusa Russkoi armii v Gallipoli, Berlín: EAG/Druck, 1923, en University of North Carolina at Chapel Hill, Louis Round Wilson Library, Rare Book Collection, André Savine Collection (UNC-CH/Savine).

1. A. Shmelev, «Gallipoli to Golgotha: Remembering the Internment of the Russian White Army at Gallipoli, 1920-3», en J. Macleod (ed.), *Defeat and Memory: Cultural Histories of Military Defeat in the Modern Era*, Basingstoke/Nueva York: Palgrave Macmillan, 2008, pp. 195-213.

2. P. Pashkov, *Ordena i znaki otlichiiia Grazhdanskoi voiny 1917-1922 godov*, París: 1961, pp. 24-25 (UNC-CH/Savine).

en una nueva guerra contra la Unión Soviética. De hecho, bajo sus siglas se camuflaba un ejército desmovilizado de voluntarios, unido por fuertes lazos de camaradería.¹

La ROVS adoptó el sistema de *otdely* (secciones), unidades administrativas que se dividían en subsecciones, dotadas de su propia jefatura y mandos. Cada una de ellas cubría un país o grupo de países en los que residía una comunidad de exiliados rusos: la Primera Sección abarcaba Francia, Italia, los Países Bajos y África del Norte; la Segunda comprendía Alemania; la Tercera Sección actuaba en Bulgaria, la Cuarta en Yugoslavia, y la Quinta en Bélgica. Conforme se intensificó la dispersión territorial de los expatriados se fundaron subsecciones más pequeñas en Finlandia, Estados Unidos, Australia, Canadá, Brasil y Argentina.² Cada sección mantenía un estrecho contacto con las organizaciones de base local fundadas por los soldados rasos del Ejército Blanco.³

Las organizaciones de veteranos eran también sociedades de socorros mutuos. Además de fomentar el espíritu de hermandad, buscaban trabajo y subsidios a los excombatientes y sus familias. Junto a asociaciones religiosas, profesionales y educativas (incluyendo universi-

1. M. I. Boiarintsev, «Epokha 1937-1965 gg.», pp. 33-4, en Columbia University (Nueva York), Rare Book and Manuscript Library, Bakhmeteff Archive, Mitrofan Ivánovich Boiarintsev Papers (BAR Ms Coll/Boiarintsev), c. 1

2. P. Robinson, *The White Russian Army in Exile, 1920-1941*, Oxford: Clarendon Press, 2002, pp. 99-100.

3. Cf. por ejemplo E. Chinyaeva, *Russians outside Russia: The Émigré Community in Czechoslovakia, 1918-1938*, Múnich: Oldenbourg, 2001, pp. 121-130; S. V. Mironenko (ed.), *Putevoditel'*. Tom. 4. *Fondy Gosudarstvennogo arkhiva Rossiiskoi Federatsii po istorii belogo dvizheniia i emigratsii*, Moscú: ROSSPEN, 2004, p. 607; V. G. Chicheriukin-Meingardt, «Drozdovtsy posle Gallipoli», en R. G. Gagkuev (ed.), *Drozdovskii i drozdovtsy*, Moscú: NP Posev, 2006, p. 634.

dades), pretendían ofrecer un ámbito de sociabilidad específico, en el que recreaban la nostalgia de su patria de origen. Con ese fin celebraban periódicamente fiestas y reuniones, y conformaron una esfera pública propia, articulada por cabeceras de prensa, lugares de sociabilidad, conmemoraciones y ritos.¹ Los *guardias blancos* se consideraban a sí mismos como la última institución que quedaba en pie de la Rusia imperial: los expatriados serían la auténtica nación rusa.² Frente a quienes habían permanecido en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), que se habrían convertido en soviéticos y habrían perdido sus tradiciones, empezando por la religión, los exiliados se veían a sí mismos como la reserva espiritual del porvenir de su patria.³

No obstante, la vida de los exmilitares zaristas fuera de la comunidad era dura y prosaica. La gran mayoría de ellos, altos oficiales incluidos, tuvieron que buscar un trabajo en la vida civil. Su integración no fue fácil en las sociedades de acogida: sufrieron restricciones en sus derechos civiles y a menudo fueron considerados como apátridas, ya que se negaban a solicitar un pasaporte soviético. Para resolver su estatus legal, el diplomático noruego Fridtjof Nansen, al frente de la Alta Comisión para los Refugiados y Repatriados Rusos fundada en

1. Sobre la prensa y la producción cultural de los exiliados, vid. A. Zelenin, *Iazyk russkoi emigrantskoi pressy (1919-1939)*, San Petersburgo: Zlatoust, 2007, y M. Raeff, *Russia Abroad: A Cultural History of the Russian Emigration, 1919-1939*, Nueva York/Oxford: Oxford UP, 1990.

2. P. Robinson, «Zemgor and the Russian Army in Exile», *Cahiers du Monde Russe*, 46:4 (2005), pp. 719-737 (en particular, 720-721).

3. L. Manchester, «How statelessness can force refugees to re-define their ethnicity: what can be learned from Russian émigrés dispersed to six continents in the interwar period?», *Immigrants & Minorities*, 34:1 (2016), pp. 70-91.

1921 por la Sociedad de Naciones, ideó un documento de identidad específico, conocido como «pasaporte Nansen» (1922).¹ En ciudades como París, Berlín, Praga y Estambul, que también albergaban una nutrida comunidad de inmigrantes eslavos y judíos de Europa oriental, los numerosos rusos blancos transformaron algunos barrios en auténticos enclaves étnicos. En la capital francesa, donde residían más de cien mil exiliados en los años treinta, los *blancos* se concentraban en distritos como el 15^o y el 16^o, así como en Boulogne-Billancourt –sede de las fábricas de Renault, donde trabajaron casi cinco mil obreros rusos–, Vincennes y otros lugares. Allí se desempeñaban como carpinteros, taxistas, camareros u obreros fabriles; en otras regiones, como en el norte de Francia y en Bélgica, fueron muchos los que se emplearon como mineros.² Cuando se reunían, volvían a ser oficiales imperiales, desempolvaban sus viejos uniformes y ostentaban sus condecoraciones. Eran personajes característicos del Berlín o del París de entreguerras, lo que dio lugar a algunos brotes xenófobos en la opinión pública local; pero también despertaban curiosidad en los visitantes foráneos. Según una anécdota, acaso apócrifa, el general Francisco Franco, de paso por París en febrero de 1935, cogió un taxi cuyo conductor resultó ser un general ruso blanco. El

1. M. Housden, «White Russians crossing the Black Sea: Fridtjof Nansen, Constantinople and the first Modern Repatriation of Refugees Displaced by Civil Conflict, 1922-1923», *The Slavonic and East European Review*, 88:3 (2010), pp. 495-524; C. Gousseff, *L'exil russe. La fabrique du réfugié apatride, 1920-1939*, París: CNRS Éditions, 2008.

2. M. Esch, *Parallele Gesellschaften und soziale Räume. Osteuropäische Einwanderer in Paris, 1880-1940*, Fráncfort del Meno: Campus, 2012; R. H. Johnston, *New Mecca, New Babylon: Paris and the Russian Exiles, 1920-1945*, Montreal: McGill-Queen's UP, 1988; A. Jevakhoff, *Les Russes blancs*, París: Tallandier, 2011.

encuentro habría hecho reflexionar sobre el peligro comunista al militar español.¹

La gran diversidad ideológica, cultural y hasta étnica del exilio ruso blanco, dividido entre distintas facciones monárquicas, nacionalistas radicales, mencheviques, social-revolucionarias y otros grupos, perpetuaba la heterogeneidad que había sido un talón de Aquiles de su bando desde un principio.² Empero, un elemento común a la mayoría de los excombatientes, a los *guardias blancos*, era el culto a la memoria de la guerra civil, así como su cosmovisión nacionalista e imperial rusa. Durante al menos dos décadas, buena parte de los oficiales exiliados consideraron que su propia guerra no había terminado. Esperaban por una definitiva «ofensiva de primavera», una intervención contra la URSS. Pero los años pasaban y el Estado soviético, lejos de flaquear tras la muerte de Lenin (1924), se consolidó bajo Iósif Stalin.

En la década de 1930 hubo intensos debates en el seno del exilio ruso acerca de la estrategia a seguir. Las opciones eran dos: colaborar con potencias extranjeras interesadas en destruir el Estado soviético, u optar por una vía propia e independiente. Se conformaron entonces dos bandos, «defensores» (*oborontsy*) y «derrotistas» (*porazhentsy*). Los primeros consideraban lesa traición cualquier connivencia o colaboración con potencias extranjeras en una invasión de Rusia. Los segundos mantenían que cualquier medio sería legítimo, incluida la colaboración con aliados foráneos, para alcanzar el objetivo

1. Vid. G. Cardona, *El gigante descalzo. El ejército de Franco*, Madrid: Aguilar, 2003, p. 113, quien añade que Franco decidió entonces suscribirse a una publicación anticomunista en francés editada por exiliados rusos.

2. Cf. N. Katzer, *Die Weisse Bewegung in Russland: Herrschaftsbildung, praktische Politik und politische Programmatik im Bürgerkrieg*, Colonia et al.: Böhlau, 1999, pp. 495-532.

principal, la destrucción del Estado soviético. Muchos oficiales daban prioridad a una alianza con Gran Bretaña, y hubo contactos con Finlandia; para otros, la cooperación con las potencias fascistas sería inevitable. La mayoría de los oficiales exiliados y de los afines a los círculos monárquicos y de derecha radical eran partidarios de la vía derrotista.¹ Rechazaban por absurda la idea de hacer causa común con los soviéticos para defender Rusia; y su antibolchevismo visceral era un acicate para participar en cualquier conflicto en el que se reprodujese la divisoria entre comunismo y anticomunismo.² Ese camino, como veremos, llevó a algunos de ellos a España; y, por esa vía, a volver a su patria en las filas de un ejército de ocupación

Hasta julio de 1936 la presencia del exilio ruso en suelo ibérico había sido casi anecdótica. Desde 1917, los sucesivos gobiernos españoles mantuvieron una postura muy restrictiva hacia el ingreso de ciudadanos huidos de la revolución y la guerra en el conjunto del antiguo Imperio zarista. Se temía la infiltración de elementos revolucionarios, fuesen bolcheviques, mencheviques o de otra orientación. El Estado español, por ello, nunca reconoció

1. S. V. Volkov, «Kharakter i perspektivy Vtoroi mirovoi voiny v otsenke russkoi voennoi emigratsii», en I. Beliakova (ed.), *Russkoe zarubezh'e i Vtoraia mirovaia voina: IV Kul'turolog. chteniia «Russkaia emigratsiia XX veka»* (Moskva, 28-29 marta 2011 g.): sb. dokl., Moscú: Dom-muzei Mariny Tsvetaevoi, 2013, p. 15; «Informatsionnyĭ list Aleksevtsev», *Vestnik Obshchestva gallipolitsev*, 38, 24 agosto 1936, pp. 6-7 (UNC-CH/Savine).

2. I. S. Tsurganov, «Istoriia antibol'shevistskoĭ emigratsii v gody Vtoroi mirovoi voiny v dokumentakh Gosudarstvennogo arkhiva Rossiyskoi Federatsii», en K. Aleksandrov, O. Shevtsov y A. Shmelev (eds.), *Trudy II mezhdunarodnykh istoricheskikh chtenii, posviashchennykh pamiati professora, General'nogo shtaba general-leitenanta Nikolaia Nikolaevicha Golovina. Belgrad, 10-14 sentiabria 2011 goda. Sbornik statei i materialov*, San Petersburgo: Skriptorium, 2012, p. 290.

el pasaporte Nansen. Según el censo de población de 1930, residían en ese año en España un total de 171 rusos, 84 varones y 87 mujeres. Se concentraban sobre todo en Barcelona y Madrid, además de en Valencia y Santa Cruz de Tenerife, y eran en su mayoría profesionales liberales, industriales y comerciantes; algunos se desempeñaron como traductores de literatura rusa. Su dispersión geográfica impedía que conformasen comunidades cohesionadas. Únicamente en Barcelona se reunían algunos aristócratas para practicar el culto ortodoxo en una capilla privada.¹ A ellos se unían no más de tres o cuatro decenas de rusos que se habían alistado años antes en la Legión y residían en el Protectorado de Marruecos.

LA LUCHA CONTINÚA: LOS RUSOS BLANCOS Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Tras 1921, una buena parte de los oficiales rusos siguieron ejerciendo su oficio de militares cualificados y con acreditada experiencia de combate. Al igual que muchos alemanes desmovilizados y numerosos excombatientes del Ejército austrohúngaro, los *blancos* se convirtieron en aventureros trotamundos, que acumularon vivencias bélicas y civiles en diversos escenarios y continentes. Fueron así unos peculiares actores transnacionales del período de entreguerras.² Los *guardias blancos* se enrolaron como voluntarios en otros ejércitos y se involucraron en

1. M. Aizpuru, «Ciudadanía e inmigración: los exiliados rusos en España, 1914-1936», *Ayer*, 78 (2010), pp. 171-193.

2. Cf. C.G. Krüger y S. Levsen (eds.), *War Volunteering in Modern Times. From the French Revolution to the Second World War*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2011; N. Arielli y B. Collins (eds.), *Transnational Soldiers: Foreign Military Enlistment in the Modern Era*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2013.

variopintos conflictos bélicos, unas veces movidos por simpatías ideológicas, otras veces como simples mercenarios.

Por citar algunos ejemplos, cerca de un centenar de exiliados rusos comandados por el general Serguéi Ulagay participaron en diciembre de 1924 en el derrocamiento del Gobierno del presidente de Albania, Fan Noli –líder de la «revolución de junio» del mismo año–, a favor de su contrincante, Ahmet Muhtar Zogu, apoyado por Yugoslavia.¹ Varios cientos de rusos blancos, provenientes sobre todo de Siberia y Asia central, lucharon igualmente como mercenarios en Manchuria, región a la que habían huido algunos miles de exiliados desde Siberia, y el norte de China a favor de diversos «señores de la guerra» de orientación anticomunista.² Unos setenta oficiales blancos, tras establecerse como colonos en Paraguay en 1924, combatieron por ese país en la guerra del Chaco contra Bolivia (1932-1935), empezando por el comandante en jefe del Ejército paraguayo, Iván T. Beliáyev (Juan Belaieff).³ Y, finalmente, hasta diez mil combatientes rusos sirvieron entre 1920 y 1940 en la Legión Extranjera francesa, cuyos reclutadores ya se presentaron en Galípoli en 1921: un 12 % de sus efectivos totales –segunda nacionalidad extranjera más numerosa tras los alema-

1. V. K. Abdank-Kossovskii, «Rossiiskie ofitsery v izgnanii», *Voенно-istoricheskii zhurnal*, 2 (1996), pp. 91-92; R. C. Austin, *Founding a Balkan State: Albania's Experiment with Democracy, 1920-1925*, Toronto: University of Toronto Press, 2012, pp. 146-156.

2. Cf. J. A. Hutchins, «The Wrangel Refugees: A Study of General Baron Peter N. Wrangel's Defeated White Russian Forces, Both Military and Civilian, in Exile», tesis de maestría, University of Louisville, 1972, pp. 145 y ss.; A. V. Okorokov, *V boiakh za Podnebesnuiu. Russkii sled v Kitae*, Moscú: Veche, 2013.

3. L. E. Giovine Gramatchicof, *Aporte de los inmigrantes rusos al desarrollo del Paraguay*, Asunción: Ministerio de Relaciones Exteriores, 2009.

nes—, y mayoritarios en unidades como el Regimiento Extranjero de Caballería de la Legión formado en 1922, compuesto por cosacos.¹

También el Ministerio de la Guerra español tanteó en 1922 la posibilidad de un alistamiento masivo de rusos blancos residentes en los Balcanes y Centroeuropa para el Tercio de Extranjeros, la Legión, fundada dos años antes en Marruecos. Ya en 1921 varias decenas de *guardias blancos* rusos, así como algunos ucranianos, se presentaron en las legaciones diplomáticas españolas de Sofía, Praga y Túnez para enrolarse en el Tercio. Sin embargo, el temor al contagio revolucionario por parte del Gobierno de Madrid, que recelaba del posible contacto de los legionarios rusos con tropas metropolitanas de reemplazo, y la escasa disponibilidad de fondos para su transporte a España, hicieron fracasar el proyecto de atraer a los rusos, lo que deseaban tanto el Ejército como los propios mandos de la Legión. Los contactos con Wrangel y con Beliáyev no dieron resultados; y los intentos por retomarlos en 1924 tampoco fructificaron, en parte por la insistencia de Wrangel en mantener los cuadros organizativos del Ejército Blanco y que sus hombres se asentasen en el Protectorado de Marruecos, formando colonias semiautónomas. En consecuencia, hasta 1930 poco más de tres decenas de rusos (32) se alistaron en la Legión.²

1. D. Porch, *The French Foreign Legion. A Complete History of the Legendary Fighting Force*, s. l.: Skyhorse, 2010 [1991], pp. 385-386; Ch. Köhler, *Die Fremdenlegion. Kolonialismus, Söldnertum, Gewalt 1831-1962*, Paderborn: Schöningh, 2013, pp. 35-36.

2. Vid. M. Ballenilla y García de Gamarra, *La Legión 1920-1927*, Lorca: Fajardo el Bravo, 2010, pp. 86-88, 111 y 364; igualmente, la información retrospectiva de M. Daranas, «Los feligreses de la Santa Rusia», *ABC*, 26 de septiembre de 1942, pp. 3-4. Los rusos representaron un porcentaje ínfimo (0,13 % en 1930), de los extranjeros enrolados en el Tercio, frente a la mayor presencia de portugueses, alemanes, latinoamericanos y

Aunque la guerra civil española de 1936-1939 no fue el conflicto en el que intervino un mayor número de voluntarios blancos, sí fue probablemente el que revistió un mayor significado simbólico para el conjunto del exilio ruso. En España, los *guardias blancos* no fueron mercenarios al mejor postor, sino voluntarios idealistas en una confrontación armada que parecía reproducir líneas de fractura sociopolítica semejantes a las que habían vivido tres lustros antes en Rusia, y que se inscribía en la larga *guerra civil europea* que había enfrentado, desde 1917, a comunistas y anticomunistas tanto en Rusia como en Finlandia, Hungría y Alemania. Una guerra civil europea en la que el exilio ruso y sus protagonistas desempeñaron también un cierto papel como referentes y difusores del miedo a la revolución bolchevique.¹

El estallido de la guerra española en julio de 1936 incidió con fuerza en el estado de latente agitación que imperaba en las filas del exilio militar ruso. Además, la supuesta responsabilidad de la URSS en el estallido del conflicto, y la dependencia servil de los republicanos españoles con respecto a Stalin, interesado en hacer de España una colonia a su servicio, constituyó desde muy pronto un *leitmotiv* recurrente del discurso de los alzados en armas contra la República. Se trataría de una guerra de «españoles contra rusos», una nueva *Reconquista* contra una invasión comunista foránea ayudada

franceses. A diferencia de la Legión Extranjera, cuyas tropas apenas tenían contacto con unidades francesas, el Tercio español colaboraba a diario con tropas metropolitanas, lo que alimentaba el temor gubernamental al «contagio» bolchevique.

1. E. Traverso, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires: Prometeo, 2009 [Bolonía 2008]; vid. también N. Katzer, «Der Weiße Mythos: Russischer Antibolschewismus im europäischen Nachkrieg», en R. Gerwarth y J. Horne (eds.), *Krieg im Frieden. Paramilitärische Gewalt in Europa nach dem Ersten Weltkrieg*, Gotinga: Wallstein, 2013, pp. 57-93.

por traidores. Eran argumentos que recordaban a varios de los utilizados por el bando blanco durante la guerra civil rusa de 1917-1920, o por los blancos finlandeses en la guerra civil de 1917-1918.¹ Para muchos fascistas, católicos militantes y conservadores radicales europeos, en España estaba ahora en juego la defensa de la fe cristiana y la civilización europea, dos principios invocados de forma recurrente por los varios cientos de voluntarios irlandeses, franceses, portugueses y latinoamericanos que acudieron a España para unirse a los insurgentes. Allí vivieron una experiencia forjadora de un fascismo transnacional, con diversos matices e influencias mutuas.²

En el caso de los exiliados rusos, los *defensores*, así como los exiliados izquierdistas (mencheviques, socialistas revolucionarios y otros sectores), empezando por el antiguo presidente del Gobierno revolucionario en febrero de 1917, Aleksandr Kérenski, condenaron la rebelión militar española, que compararon con el intento de golpe del general Lavr G. Kornílov contra el Gobierno provisional ruso en agosto de 1917. El triunfo de los generales españoles supondría un reforzamiento de la Italia fascista y la Alemania nazi, así como de las ligas fascistas en Francia, que se oponían a la política de regularización de inmigrantes rusos que favorecía el Gobierno frentepopulista de Léon Blum. Por el contrario, la ROVS y otros grupos de exiliados de derecha radical sostuvieron una

1. Cf. X. M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid: Marcial Pons, 2006, pp. 180-189 y 245-261.

2. Cf. M. Alonso Ibarra, «Guerra Civil española y contrarrevolución. El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz», *Ayer*, 109 (2018), pp. 269-295. Igualmente, cf. J. Keene, *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*, Barcelona: Salvat, 2001, 2002 [Londres 2001] y C. Othen, *Las Brigadas Internacionales de Franco*, Barcelona: Destino, 2007 [Londres 2006].

interpretación optimista de los acontecimientos españoles; deseaban además «limpiar» el nombre de Rusia, demostrando al mundo que no se trataba de un conflicto entre españoles y «rusos», como afirmaba la propaganda de los sublevados, sino entre españoles y «rojos». El 19 de julio de 1936 la ROVS expresó su apoyo a los alzados contra la República; las noticias acerca de asesinatos de religiosos y profanaciones en la retaguardia republicana reavivaron además la solidaridad del exilio blanco. Uno de los que primero cruzó los Pirineos, el general de brigada Nikolái V. Shinkarenko, escribiría entonces que todo en España le recordaba a la guerra civil rusa.¹ El general Anatoli V. Fok fue aún más entusiasta: «Aquellos de nosotros que lucharán por la España nacional, contra la III Internacional y [...] contra los bolcheviques, estarán cumpliendo su deber ante la Rusia blanca».²

Algunos voluntarios rusos empezaron a llegar por iniciativa propia a la España insurgente entre fines del verano y el otoño de 1936. Entre los primeros que cruzaron la frontera de forma ilegal figuraban dos generales (Fok y Shinkarenko) y al menos cuatro capitanes de diversas armas: el georgiano Konstantín A. Gognidzhonashvili, Pável I. Rashevski, Iákov Polukhin y Vladímir Dvoichenko. Como a muchos *guardias blancos* se les suponía dominio del francés, el Mando insurgente barajó la idea de juntarlos con los voluntarios legitimistas franceses; pero la idea disgustaba a los rusos. Al final, buena parte de los recién llegados fueron autorizados a

1. Citado en K. K. Semenov, «Litsom k solntsu: uchastie beloeimigrantov v Grazhdanskoi voine v Ispanii (1936–1939)», en N. F. Gritsenko (ed.), *Ezhegodnik Doma russkogo zarubezh'ia imeni Aleksandra Solzhenitsyna*, 2010, Moscú: Dom russkogo zarubezh'ia imeni Aleksandra Solzhenitsyna, 2010, p. 49.

2. A. V. Okorokov, *Russkie dobrovol'tsy*, Moscú: OOO «Avuar-konsalting», 2004, p. 109.

sumarse a las unidades de requetés carlistas, en cuyo ardor religioso, tradicionalismo y monarquismo cerril apreciaban grandes semejanzas con sus propios ideales: el lema *Dios, Patria, Rey* les parecía un trasunto del zarista *Fe, Zar y Patria*. El grupo más nutrido de rusos blancos se unió al Tercio requeté Doña María de Molina, integrado por carlistas aragoneses. Hacia mediados de mayo de 1937 luchaban en sus filas dieciséis voluntarios rusos, y ocho más en otras unidades. Un año después, eran 35.¹ Para distinguirse, les fue permitido llevar un escudo con los colores de la bandera tricolor rusa; también acostumbraban a ostentar sus propias condecoraciones, como la Cruz de San Jorge. Empero, su situación económica era bastante precaria. Carentes de apoyos familiares y de sueldo, salvo los alistados en la Legión, los antiguos oficiales zaristas tenían además que resignarse a aceptar lo que para ellos era una humillación: no ver reconocido su rango anterior, ni valorada su experiencia militar. Tuvieron en su mayoría que alistarse como simples soldados. Aristócratas como Shinkarenko mostraban desdén por los oficiales españoles, en quienes apreciaban falta de maneras caballerescas y escasa competencia técnica; varios voluntarios rusos tuvieron roces con sus superiores.

Otros rusos, al menos una decena, se incorporaron de forma individual en varias banderas de la Legión hasta 1938. Y hasta una docena combatió en las filas del Corpo Truppe Volontarie (CTV) italiano; en julio de 1937, varios voluntarios *blancos* pedían ser admitidos en ese cuerpo, descontentos por la falta de reconocimiento que hallaban en las unidades españolas.²

1. Yaremchuk II, *Russkie dobrovol'tsy v Ispanii*, op. cit., pp. 26 y 81.

2. Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., pp. 290-294; Othen, *Las Brigadas Internacionales de Franco*, op. cit., p. 168.

La ROVS intentó desde un principio que luchase en España una unidad integrada únicamente por voluntarios rusos, con sus propios mandos, y que sirviese de embrión para un gran ejército que reagruparía las dispersas fuerzas *blancas*. Para ello, la organización contactó con representantes del bando insurgente a fines de noviembre de 1936, a través de la legación de la España *nacional* en Roma; desde el Cuartel General de Franco se prestaron oídos a lo que la ROVS tuviese que ofrecer, por boca de su máximo representante en ese momento, el teniente general Yevgueni K. Miller. En diciembre, una delegación de la ROVS encabezada por el general Chatilov fue recibida en Salamanca: pedían dinero para poder reclutar al menos dos millares de combatientes. Sin embargo, Franco rechazó la posibilidad, y sólo admitió que los voluntarios rusos se alistasen en las filas de la Legión, siempre que cada uno de ellos aportase un documento que confirmase su pertenencia a la ROVS; si el número era suficiente, podrían tal vez conformar dentro de ella unidades propias. Tanto los dirigentes parisinos del exilio ruso como quienes ya luchaban en España, como Shinkarenko, deseaban que los blancos conformasen una unidad propia, o al menos pudiesen escoger en qué cuerpo armado querían servir.¹

A principios de febrero de 1937 la ROVS hizo un llamamiento para que sus miembros se alistasen para ir a España. La respuesta, sin embargo, halló un eco inferior al esperado: en Bulgaria ningún exiliado se apuntó; en

1. P. P. Savin, «Gibel' generala E.K. Millera (ne vymysel, a istoricheskaia byl')», pp. 3 y 8, en Stanford University, Hoover Institution Archives, Petr Panteleimonovich Savin Papers [HIA/Savin], c. 1, carpeta «Gibel' generala Millera». Ibid, p. 8. Vid. también carta de Miller a general Fidel Dávila, noviembre de 1936, citada por Alonso Ibarra, «Guerra Civil española y contrarrevolución», op. cit., p. 280.

Yugoslavia, sólo dos. En pequeños grupos (de ocho a diez hombres cada uno) se reunían en la Sociedad Galípoli de París, y desde allí partían hacia el sur para cruzar la frontera, entrando por Irún. El primer grupo de siete hombres salió de París a principios de marzo; otro salió a mediados de mes. Dos expediciones más partieron para España entre fines de marzo y principios de abril.¹ La frontera pirenaica estaba cerrada, por lo que los voluntarios intentaban cruzarla por sus propios medios. No todos lo conseguían. El 16 de abril de 1937, un grupo fue arrestado al intentar atravesar el confín. Con ello, la ROVS puso fin a los envíos. Por entonces, apenas 32 miembros de su Primera Sección se habían incorporado a las fuerzas de Franco.² Otros voluntarios siguieron llegando por distintas vías hasta entrado el año siguiente.

La principal revista del exilio militar ruso, *Chasovoi* (*Centinela*), publicada en Bruselas, dio amplia cobertura en sus páginas al conflicto español, se alineó decididamente con los rebeldes, y se hizo eco de las vivencias de los voluntarios en tierras ibéricas. El conflicto fue etiquetado como una «guerra hispano-soviética», mientras que las fuerzas franquistas pasaban a ser el bando «blanco»,

1. Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., p. 295; Othen, *Las Brigadas Internacionales de Franco*, op. cit., pp. 169-171; A. P. Yaremchuk II, *Russkie dobrovol'tsy v Ispanii, 1936-1939*, San Francisco: Izdatel'stvo "Globus", 1983, pp. 2-3; Semenov, «Litsom k solntsu», op. cit., pp. 59-61; A. A. Pchelinov-Obrazumov, «Grazhdanskaia voina v Ispanii 1936-1939 gg. i rossiiskaia politicheskaia emigratsiia», tesis de maestría, BelGU, 2015, p. 134. Vid. también una descripción más amplia en K. K. Semenov, *Russkaia emigratsiia i grazhdanskaia voina v Ispanii 1936-1939 gg.*, Moscú: Algoritm, 2016, pp. 73-74.

2. Yaremchuk II, *Russkie dobrovol'tsy v Ispanii*, op. cit., p. 18; Savin, «Gibel' generala E. K. Millera (ne vymysel, a istoricheskaia byl')», p. 12, en HIA/Savin, c. 1, carpeta «Gibel' generala Millera».

y los republicanos simples «rojos», manejados desde Moscú. *Chasovoi* publicó además numerosas cartas de los voluntarios rusos, cuyas experiencias en España transmitían una vivencia muy similar.¹ Shinkarenko, con el pseudónimo de *Belogorski*, titulaba su primer artículo «Un saludo a los hombres de Kornílov españoles»: muestra de que, para él, los insurgentes españoles eran un reflejo de lo que había sido el bando blanco en la guerra civil rusa.² Otro oficial anónimo escribía: «Es exactamente lo mismo [...] que hemos vivido durante los primeros meses del Ejército voluntario [blanco]».³ Para los voluntarios rusos, la lucha en España era una continuación en todo de la guerra que habían librado en Rusia. Uno de ellos, incorporado a la Legión, atribuía a Stalin el mando supremo del bando «rojo» español, suponía que en él se aplicaban los mismos métodos disciplinarios utilizados en el Ejército Rojo quince años antes, fusilamientos masivos incluidos, y afirmaba batirse en España por «nuestra Iglesia, nuestra fe y la cultura europea».⁴ La ROVS también felicitó a los defensores del Alcázar de Toledo, cuya liberación se habría debido a la intercesión divina y a la abnegación de los «héroes blancos».⁵

En abril de 1937 el Cuartel General de Franco consideró otra vez la conformación de una unidad rusa, con mandos también rusos. Sin embargo, el modesto número

1. *Ispanskie pis'ma o voinstve*, Berlín: Letopis', 1939 (UNC-CH/Savine); Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., pp. 298-299.

2. N. Belogorskii, «Privet ispanskim "kornilovtsam". San Jago! Espana!», *Chasovoi*, 172 (agosto de 1936), p. 3.

3. «Russkii dobrovolets v Ispanii (iz pis'ma)». *Chasovoi*, 173 (1 de septiembre de 1936), p. 5.

4. «Grazhdanskaia voina v Ispanii», *Chasovoi*, 185 (20 de febrero de 1937), p. 10; Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., p. 298.

5. N. Belogorskii, «Chudo Al'kazara», *Chasovoi*, 176 (15 de octubre de 1936), pp. 3-5.

de voluntarios –un centenar a lo sumo– hacía irrealizable la idea. Los oficiales blancos de mayor graduación, Shinkarenko, Fok y Chatilov, se dirigieron de nuevo a Franco tres meses después para conseguir la formación de una unidad bajo mando ruso, que según ellos actuaría de imán que atraería a España a cientos de *guardias blancos* dispersos por Europa y América; una vez concluido el conflicto español, serían el embrión de un gran ejército que acometería la reconquista de Rusia. La idea no generaba entusiasmo en el mando franquista, quizá escarmentado por el bajo rendimiento de otras unidades voluntarias extranjeras, y receloso ante la posibilidad de que los rusos escapasen a su control directo. Shinkarenko, quien afirmaba combatir en España por «la cultura de Europa y la Cristiandad», llegó a entrevistarse con el Caudillo; pero sus esfuerzos resultaron infructuosos.¹

En combate, los voluntarios rusos demostraron motivación y abnegación, lo que compensaba su edad. Algunos, como Rashevski, habían dejado su familia en Francia; otros se ajustaban al prototipo de excombatiente inadaptado y aventurero. Shinkarenko fue gravemente herido en abril de 1937 y tuvo que afrontar una larga convalecencia.² Gognidzhonashvili tuvo actuaciones destacadas, fue herido varias veces y perdió el ojo izquierdo, y lo ascendieron a teniente en pocos meses.³ Los blancos también tuvieron sus mártires particulares en suelo espa-

1. Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., pp. 304-305; Alonso Ibarra, «Guerra Civil española y contrarrevolución», op. cit., pp. 289-290. El general armenio Arsène Torcom propuso igualmente a Franco reclutar en varios países un ejército de 300.000 hombres.

2. «Glava II. Pulia v golovu», pp. 23-24, en Stanford University, Hoover Institution Archives, Nikolái Vsevolodovich Shinkarenko Memoirs (HIA/Shinkarenko), c. 4.

3. Vid. su hoja de servicios en Archivo General Militar, Segovia (AGMS) 2262.

ñol. El 24 de agosto de 1937 la ofensiva republicana en Belchite y Quinto de Ebro, en la que destacaba la XV Brigada Internacional, causó fuertes bajas a los franquistas. Entre los defensores de la posición de Quinto de Ebro se contaba la 2ª compañía del Tercio Marco de Bello, donde servían como tenientes de milicias –tras ascender por méritos de guerra– Polukhin y Fok.¹ Polukhin cayó el mismo día 24, y la última posición requeté resistió dos días más. Los oficiales que la comandaban se negaron a rendirse, entre ellos Fok. Según recordaba un brigadista norteamericano, «vimos a un oficial ruso blanco. [...] Gritaba en ruso: “¡Cerdos rojos! ¡Cerdos rojos!”. Y después en español: “¡Si os acercáis más, disparo!”. [...] Pistola en mano se voló los sesos».² Otro brigadista se ufana de haber «ejecutado a 32 oficiales y un guardia blanco ruso, mientras que un oficial nazi se suicidó».³ Los defensores de Quinto, glorificados por la propaganda franquista, recibieron la Cruz Laureada de San Fernando a título colectivo.⁴

1. Yaremchuk II, *Russkie dobrovol'tsy v Ispanii*, op. cit., pp. 43-44; C. D. Eby, *Comrades and Commissars: the Lincoln Battalion in the Spanish Civil War*, University Park, PA: Pennsylvania State UP, 2007, pp. 212-216.

2. N. N. Platoshkin, *Grazhdanskaia voina v Ispanii. 1936-1939 gg.*, Moscú: Olma-Press/OAO PF «Krasnyi proletarii», 2005, p. 358; A. H. Landis, *The Abraham Lincoln Brigade*, Nueva York: Citadel Press, 1967, pp. 276 y 279.

3. P. N. Carroll, *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade: Americans in the Spanish Civil War*, Stanford, CA: Stanford UP, 1994, pp. 155-156; R. Baxell, *Unlikely Warriors: The British in the Spanish Civil War and the Struggle Against Fascism*, Londres: Aurum Press, 2012, p. 268; C. Nelson y J. Hendricks (eds.), *Madrid 1937: Letters of the Abraham Lincoln Brigade from the Spanish Civil War*, Nueva York: Routledge, 1996, p. 204; M. E. Koltsov, *Diario de la guerra española*, Madrid: Akal, 1978, p. 512 [Moscú 1957].

4. *Diario Oficial del Ministerio del Ejército*, 261 (20 de no-

El 24 de abril de 1939 los voluntarios rusos participaron en el desfile de la victoria en Valencia, portando sus insignias.¹ También desfilaron en Madrid semanas después. A fines de junio, todos ellos fueron oficialmente licenciados. El 25 de octubre un grupo de excombatientes blancos, encabezados por el coronel Nikolái N. Boltin, aristócrata que actuaba como «decano» de sus compatriotas, se entrevistaron con el general José Moscardó —el héroe del Alcázar, mito venerado por los guardias blancos—, y tres días más tarde con el propio Franco, ante quien Boltin expresó que los rusos deseaban unirse a la Legión para ejercer de militares y garantizarse un sustento.² Nombrado coronel honorario de la Milicia Nacional tras 1939, Boltin gozaba de la protección del dirigente de Falange Española Tradicionalista (FET) de las JONS Raimundo Fernández-Cuesta, y realizó prolijas gestiones ante el Ministerio del Ejército para que a los excombatientes rusos del bando vencedor les fuesen reconocidos los grados militares de alférez o teniente honorífico, y así disponer de ingresos mientras buscaban un empleo en la vida civil.³

Los rusos fueron un componente sin duda exótico, pero anecdótico, entre los *internacionales* de Franco. Frente a los 79.000 italianos, 25.000 alemanes (en su mayoría personal no combatiente), casi 10.000 portugueses,

viembre de 1941), p. 586; «Glava XVI. Iz Frantsii v Ispaniiu. V dva razdel'nykh priema», dos páginas adicionales y no numeradas, en HIA/Shinkarenko, c. 3.

1. R. Palacios-Fernández, «Russkie dobrovol'tsy v ispanskoi grazhdanskoi voine», *Tseikhgauz*, 4 (1995), pp. 36-37.

2. Yaremchuk II, *Russkie dobrovol'tsy v Ispanii*, op. cit., pp. 177-178.

3. Archivo General Militar de Ávila (AGMAV) 6205/119. Para las gestiones de Boltin a favor de sus camaradas, que se prolongaron hasta 1940, vid. la abundante correspondencia contenida en AGMAV 24017/2.

2.000 franceses, 700 irlandeses y entre 200 y 300 latinoamericanos, los guardias blancos apenas superaban el centenar.¹ Según algunas estimaciones, lucharon en el bando franquista entre 150 y 170 voluntarios rusos blancos, de los que 19 habrían muerto y muchos más habrían sido heridos.² Otros testimonios contemporáneos rebajaban la cifra a 50, de los que habrían fallecido siete.³ El propio Boltin, cuando se dirigió en abril de 1940 al Ministerio del Ejército para interceder por los excombatientes rusos, mencionaba que habían llegado al país 72 voluntarios, «casi todos oficiales del Ejército Ruso», de los que habrían muerto 34 en combate.⁴ Hubo también rusos de simpatías izquierdistas que, desde Canadá y Francia, se presentaron voluntarios para luchar a favor de la República española. Su número se ha estimado en 285, si bien no todos formaban parte del exilio blanco.⁵

1. Cifras actualizadas en Alonso Ibarra, «Guerra Civil española y contrarrevolución», op. cit., p. 272.

2. Semenov, *Russkaia emigratsiia i grazhdanskaia voina v Ispanii 1936–1939 gg.*, op. cit., p. 103; Othen, *Las Brigadas Internacionales de Franco*, op. cit., p. 175.

3. Testimonio de Vladímir Dvoichenko, en J. de Urbino, «Rusos blancos en San Sebastián», *Unidad*, 30 de junio de 1941, p. 3.

4. N. Boltin, «Memoria», Madrid, 19 de abril de 1940 (AGMAV 24017/2).

5. Muchos voluntarios franceses, canadienses o norteamericanos eran en realidad inmigrantes de Europa oriental, o hijos de refugiados y/o inmigrantes. Con todo, los rusos no aportaron contingentes importantes a las Brigadas: cf. R. Skoutelsky, *Novedad en el frente. Las brigadas internacionales en la guerra civil*, Madrid: Temas de Hoy, 2006, pp. 168-173. Sobre el origen étnico de los voluntarios rusos por la República, vid. K. K. Semenov, «Pervyi opyt antifashistskoi bor'by – beloemigranty v armii Ispanskoi respublikii», en K. K. Semenov y M. I. Sorokina (eds.), *Rossiiskaia emigratsiia v bor'be s fashizmom. Mezhdunarodnaia nauchnaia konferentsiia, Moskva, 14-15 maia 2015 goda*, Moscú: Dom russkogo zarubezh'ia imeni Aleksandra Solzhenitsyna, 2015, pp. 59-60.